

Revista de Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Mario V. Ponisio

Administrador:

Eduardo S. Azaretto

Secretario de Redacción:

Rómulo Bogliolo

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio
José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry**

Año V

Octubre de 1917

Núm. 52



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CHARCAS 1835

BUENOS AIRES

Revista de revistas

Las delicias de la neutralidad

Bajo este título Giuseppe Prato publica en *Mi-
nerva*, un artículo en el que pone de relieve la difícil
situación de Suiza ante el conflicto europeo.

Empieza recordando que los aficionados a las profecías maquiavélicas, los pesimistas de oficio, los que juzgan la historia y la psicología de los pueblos por los recuerdos gastronómicos de los hoteles que han frecuentado durante alguna semana de vacaciones, o de acuerdo con los periódicos humorísticos, que constituyen su único alimento intelectual, y, junto con ellos, todos los que prefieren forjarse espantajos imaginarios en vez de mirar cara a cara y virilmente los peligros concretos, no titubearon en afirmar que la única amenaza inquietante para Italia residía en la dudosa actitud de la confederación y en la probabilidad de que, abriese al invasor, haciéndose cómplice de él, un camino de agresión inesperada”.

Los hechos no han comprobado tales suposiciones y han dado en tierra con la “insulsa fobia”, demostrando, una vez más, toda la razón que asistía a los que, desde un principio, afirmaron que era una ofensa gratuita suponer al pequeño y valeroso pueblo suizo capaz de tan inicua traición.

Como algunos italianos lamentan la entrada de Italia en la guerra, arguyendo que la neutralidad significa una gran prosperidad económica, y citando como ejemplo a Suiza, es conveniente destruir esa creencia utilizando los elementos que suministra un volumen de Max Turman y los boletines financieros del *Bankverein*.

En los primeros meses que siguieron al trágico agosto de 1914, Suiza se encontró en una situación semejante a la de Italia, con moratorias, paralización de industrias, etc., pero las verdaderas dificultades se presentaron cuando la decisión de Italia cerró el cerco que oprime a los imperios centrales. “Dependiente del exterior por el 68 % de sus aprovisionamientos alimenticios y de las materias primas o subsidiarias para sus industrias, la confederación fatalmente debía quedar supeditada a la buena voluntad de los gobiernos limítrofes”.

De ahí que se produjeron dos fenómenos, igualmente deplorables para el pueblo obligado a padecerlos: en el campo político la aceptación de contralores que eran verdaderas restricciones de la soberanía y

en el campo económico, un estado anormal no menor que el soportado por las naciones beligerantes.

Las peticiones de los aliados, en el sentido de establecer un contralor, fueron rechazadas por Suiza, hasta que el diario socialista de Berna *Tagwacht*, denunció que Alemania ejercía, desde tiempo atrás, ese contralor por medio de un personaje semi oficial: el diputado por Zurich, presidente de la Caja nacional de seguros. Surgió, entonces, la *Sociedad suiza de vigilancia económica*, con el objeto de completar la sujeción del país a una doble vigilancia hostil.

Pero la situación se hizo cada día más crítica; muchas industrias privadas de materias primas, de clientela, etc., lucharon en vano contra la creciente crisis, la importante fuente de riqueza derivada de la afluencia de forasteros se redujo a un mínimo, las empresas de transporte y los hoteles pudieron mantenerse gracias a las medidas dilatorias adoptadas por el gobierno y, por último, la desocupación adquirió caracteres alarmantes.

El nuevo sindicato oficial de importación consiguió de las potencias de la "entente", la fijación de las cantidades que pueden ser exportadas pero estas resultaron, a veces, insuficientes, ya sea por agotamiento de las reservas, ya sea porque el permiso de exportación llegaba cuando ya no había oportunidad de exportar las mercaderías.

Por otra parte, la política de violencia y de represalias seguida por Alemania para castigar a Suiza por su fidelidad a los tratados, reportó graves dificultades. Las fábricas de anilina de la región de Basilea no recibieron materias primas de Alemania, debiendo recurrir a Francia en demanda de ellas; en vista de esto, los fabricantes alemanes declararon a los fabricantes suizos de tejidos, que suspenderían todo suministro hasta que las fábricas de colores de Basilea se sometiesen a sus exigencias. El resultado fué un aumento en la producción de estas últimas, que abastecieron a todos sus compatriotas, pero "los trasposos de clientela, las reorganizaciones técnicas, los contratos y conflictos no pudieron realizarse sin pasar por períodos de estancamiento improductivo, pérdida de capitales, incertidumbre en la dirección, licenciamiento temporáneo del personal y otros fenómenos que agravaron el mal-estar que sufría el país".

Algo semejante ocurrió con la provisión de carbón y con la exigencia de pagar las mercaderías alemanas con mercaderías existentes en Suiza.

Sigue Prato describiendo el estado interno del país y pasa revista a las privaciones que debe soportar el pueblo. Los cereales escasean; la venta de carne, manteca, queso y, en general, de casi todas las materias alimenticias, es contraloreada con suma rigidez; las limitaciones para la compra de hierro y de carbón han entorpecido el funcionamiento de las industrias y de los transportes; las precauciones han absorbido ingentes sumas y, en consecuencia, los empréstitos se han sucedido comprometiendo seriamente su presupuesto.

"En resumen, ninguno de los males que aquejan a las naciones en guerra ha sido ahorrado a la nación helvética, que tuvo que soportar, además, una ingerencia extranjera continua y sospechosa, en su vida interna, vigilancia que ningún estado de mayor importancia hubiese podido aceptar pacíficamente, sin una absoluta abdicación. Hoy el exacerbado

bandolerismo submarino amenaza destruir el aprovisionamiento de estos neutrales, a los cuales solo llega el sobrante de las más indispensables necesidades ajenas”.

Concluye Prato diciendo que, en vista de la situación crítica de los que nada tienen que ver con el desencadenamiento de esta guerra, es permitido preguntarse realmente “si en este recodo solemne del camino humano, los mejores inspirados no fueron los pueblos que despreciando los consejos de los mercaderes políticos, supieron obedecer solamente al imperativo categórico expresado por las razones ideales de su historia y de su porvenir?”. — *M. V. P.*

**Las reservas
de
Alemania**

El *Giornale degli economisti e rivista di statistica* publica en uno de sus últimos números un extracto de un artículo aparecido en el *Corriere economico*, sobre la cuestión de las reservas manufactureras de Alemania, con motivo de la difundida opinión de que este país, inmediatamente de concertada la paz, inundará los mercados del mundo con una enorme cantidad de mercaderías fabricadas durante la guerra. Ante todo, dice el articulista, la producción de elementos bélicos ha absorbido la actividad de la casi totalidad de las industrias alemanas, ya sea por la intensificación de la producción, por la creación de nuevos establecimientos, o por el aumento de las horas de trabajo, medidas todas ellas tomadas para hacer frente a las necesidades del ejército y a las exigencias del consumo interno de los países aliados o conquistados.

La deficiencia de la mano de obra es una de las mayores dificultades que perturban a las industrias germánicas. La movilización y las fábricas de municiones han consumido las mejores energías de trabajo, y si bien es cierto que la mujer ha substituído al hombre en aquellas tareas que no requieren un largo aprendizaje o una especial habilidad, también es verdad que muchas industrias, especialmente las de la paz, se han visto obligadas a limitar la producción a las necesidades del país. Después del primer semestre del año 1915, Alemania tuvo que renunciar al aprovisionamiento de muchísimas mercaderías (materias primas, etc.), de procedencia extranjera, y de vital importancia para sus industrias, habiéndose reducido, asimismo, en una buena proporción, las fuertes reservas acumuladas en el primer año de guerra.

Serían aún más graves los daños y padecimientos de muchas industrias, si desde el comienzo de la guerra, Alemania no hubiese adoptado dos normas: reorganización de las fábricas y substitución de muchas materias primas por productos semejantes, de origen nacional. Así, en la actualidad, casi toda la industria mecánica, trabaja sin el cobre, metal que, en 1913, era importado en Alemania por un valor de 335 millones de marcos; el benzol ha substituído a la bencina; el nitrato, al salitre; el coque a la hulla, etc. En el campo de las industrias textiles, la escasez de materias primas es aún más sensible; el algodón y el yute eran productos de exclusiva procedencia extranjera. Se hizo necesaria, de este modo, la reducción de la producción y el consumo de tejidos y la utilización de los desperdicios del algodón y el hilo de papel.

En los establecimientos respectivos, se adoptó un tipo de lana artificial, y la industria de la goma ha estado hasta ahora haciendo uso de sus abundantes reservas, reduciéndolas a un mínimo.

Las industrias que tropiezan con la dificultad de la carencia de materias primas, no podrán, evidentemente, dedicarse a la elaboración de mercaderías para *post-bellum*. Si bien algunas industrias, como la minera, la metalúrgica, la mecánica, la química y la de la potasa, gozan de una óptima situación, no es probable que hayan podido constituir grandes reservas de artículos manufacturados, sea porque se han dedicado especialmente a la preparación del material de guerra, porque han trabajado casi exclusivamente por cuenta del estado, o porque han debido proveer a las necesidades de Bulgaria, Turquía, y de los territorios conquistados en Polonia, Rumania y Serbia. Hay que considerar, además, que los industriales alemanes no podrían encontrar conveniente ni provechoso inmovilizar grandes valores en mercaderías, por un período de tiempo, cuya duración es absolutamente incierta e incalculable.

La verdad es que, ni Alemania, ni Austria, han podido constituir reservas de artículos manufacturados, para invadir, victoriosamente los mercados del mundo, una vez concluída la guerra. — I. L. G.

**Taylorismo
y
organización** El sistema Taylor de organización científica del trabajo, es simplemente la aplicación de los métodos generales de organización al problema esencial de la producción industrial: disminución del precio de costo y mejoramiento de la calidad de los objetos fabricados.

Estas nociones fáciles de entender pero difíciles de aplicar, y no por culpa suya, desde que el mérito principal de Taylor — escribe Enrique Le Chatelier, en la *Revue Scientifique* — no consiste en haber hecho surgir muchas ideas, con su propaganda, sino en haber demostrado la posibilidad y las ventajas de ponerlas en práctica.

¿En qué consiste la organización? Ella comprende, en cualquier circunstancia y en cualquier lugar, cinco partes indispensables:

- 1.º La visión ponderada y clara del fin que se quiere alcanzar.
- 2.º El estudio de los medios indispensables para conseguir el fin deseado.
- 3.º La realización de los medios de acción reputados necesarios.
- 4.º La obra de los medios de acción reunidos.
- 5.º La verificación de la conformidad de los resultados con el fin.

Vaya un ejemplo. Estamos en tiempo de guerra; en Francia falta carbón por la invasión de los yacimientos carboníferos, por la ausencia de importación, por el aumento de consumo determinado por la fabricación de los productos inherentes a la guerra.

¿Queremos tener el carbón necesario para nuestras necesidades? ¿Cómo conseguirlo? Ante todo es necesario precisar: ¿pedimos carbón para usarlo sin restricción, o aceptamos que se establezcan raciones de consumo? Esta segunda interpretación es la única razonable. Y, entonces, ¿cuáles serán los consumos susceptibles de reducción? ¿calefacción de las casas particulares?, ¿las industrias de lujo como los invernáculos que producen flores y frutas antes de la estación?, ¿los trenes directos? ¿las industrias que no concurren directamente a la defensa nacional? ¿en qué medida se contemplarán los caprichos de los consumidores? ¿se tratará de disminuir el desperdicio de carbón en las fábricas de material bélico?

Todo esto debe ser objeto de una investigación larga y minuciosa, que nos pondrá en condiciones de conocer exactamente las necesidades de

combustible que se desea satisfacer, tanto en el sentido de calidad como en el de cantidad. Y a quien creyese que basta conseguir el máximo de combustible, la experiencia responderá elocuentemente que eso no basta.

En cuanto a la segunda parte, es decir, al estudio de los medios, este problema presenta dos aspectos: por un lado, la manera de reducir los consumos, por el otro, la de obtener el carbón necesario. Además de la experiencia personal y el consejo de personas de reconocida competencia. deben concurrir en ayuda de esta investigación los estudios de laboratorio; la inevitable lentitud de las experiencias sistemáticas no debe ser causa de interrupción de las investigaciones, las cuales deben llegar a su resultado, aun cuando éste solo pudiese servir más tarde.

Numerosos son los procedimientos para disminuir el consumo de combustible: limitación en el consumo de los particulares, por medio de raciones establecidas para cada familia o con el aumento del precio de venta; estudio experimental de las ventajas de la destilación previa del carbón para obtener los dos combustibles: el coque y el gas de iluminación que, separados, rinden más que el carbón natural; supresión de ciertas industrias, ya sea prohibiéndolas directamente, ya sea invitando a los aliados a rehusar esas manufacturas, en el caso de que ellos no tomen por sí la inteligente iniciativa de prohibir en sus territorios las importaciones inútiles; comparación entre las fábricas de guerra donde se efectúa el mismo trabajo, estudiando el método que permita consumir menos para imponerlo luego a todas.

Para que sea posible realizar estas economías, es necesario preparar la opinión pública, ilustrándola con tiempo, es decir, con anterioridad al momento en que se han de aplicar las medidas restrictivas. La sorpresa ocasionada por los cambios es, a menudo, más perjudicial que los cambios mismos. El trabajo sobre la opinión pública debe empezar desde el día de la declaración de guerra. La prensa sería colaboradora con el gobierno, como lo han hecho todos los grandes diarios de Londres. Los economistas bajarán de las nubes para poner al corriente al público del problema del carbón, para explicarle el consumo exigido por las distintas fabricaciones, las dificultades de aprovisionamiento, y lo harán con cierta anticipación, de manera que tenga todo el tiempo para comprender la necesidad de la situación.

Para obtener la cantidad de carbón que se juzga necesaria se presentan dos medios: dirigirse a los aliados y desarrollar la explotación de los yacimientos de carbón fósil. Para conseguir el primero de estos medios es preciso, ante todo, convencer a los aliados que se pide solamente lo necesario y no dejarles ninguna duda sobre la decisión expresa de los solicitantes, en el sentido de evitar cualquier desperdicio. La tarea de inculcar esta convicción debe ser confiada a hombres iguales, por competencia técnica y por autoridad moral, a sus interlocutores ingleses, a hombres que conozcan bien la lengua inglesa y que excluyan cualquier sospecha de oportunismo en su acción diplomática. El segundo medio, es decir, el aumento de la producción, puede ser obtenido de varios modos: desarrollando la extracción del carbón fósil de las minas antiguas, concediendo nuevos yacimientos, ayudando financieramente la explotación provisoria de los yacimientos de combustible de calidad inferior no explotados en tiempo de paz, utilizando las rocas que contienen carbón para la producción de energía mecánica en el terreno de las minas.

Efectuada la enumeración de los medios y elegidos algunos de ellos, se entra en la tercera fase de la organización: la reunión de los agentes de producción reputados necesarios. Aquí no se trata ya de implantar máquinas sino de movilizar a las personas; esta es, por lo menos, la tarea de la organización central; en cuanto a las máquinas, su aumento de trabajo será una consecuencia indirecta de esta organización.

¿Cuáles hombres se deben elegir? Ante todo, un jefe para el trabajo preparatorio, que se elegirá entre los ex funcionarios que estén al corriente con la cuestión del carbón. Si su actividad o su disposición para aceptar todas las responsabilidades no inspirasen plena confianza, se podrá buscarlo entre los directores de minas. Este jefe de servicio deberá tener numerosos colaboradores.

¡A cuántos ingenieros alejados de sus ocupaciones habituales, les sería agradable aportar su concurso a la defensa nacional! Preciosa será también, la colaboración de los sindicatos industriales animados por sentimientos patrióticos y aún el concurso de los grupos hostiles, cuyas críticas demostrarán los inconvenientes de las medidas a aplicarse y determinarán su prudente aplicación.

Se llega, por fin, a la cuarta operación. Cuando todo está preparado y dispuesto, basta una señal, una orden del jefe de servicio, para que toda la máquina — si ha sido bien construída — se ponga en movimiento y funcione sin dificultad.

La organización del congreso de los métodos experimentales de Bruselas, hecha por Greiuer, el difunto director de las oficinas de Cockerill, es un ejemplo notable de la aplicación de estos principios. La preparación le ocupó durante un año; de acuerdo con cierto número de colaboradores, agrupados a su alrededor, trazó su plan; varias veces conferenció con ellos en París, Londres, Berlín y, por último, los reunió en Bruselas, algunos días antes de la apertura del congreso, para fijar las disposiciones finales; después, iniciado el congreso, Greiuer pudo adoptar el tono de un amable desocupado, completamente desinteresado de lo que acontecía a su alrededor.

He aquí, en el fondo, todo el sistema Taylor. Los medios de estudio a utilizarse y los agentes de ejecución a movilizarse varían según los fines, pero el método es siempre el mismo.

Queda la quinta y última parte de la organización: el contralor de la conformidad de los resultados con el fin preestablecido. Con este objeto Taylor indica todo un servicio de contralor que informe continuamente acerca de los precios de costo y que verifique los objetos realizados a su salida de las manos de los obreros. En el caso del carbón tomado como ejemplo, las "menagères" que estaban obligadas a esperar durante horas y horas en las calles heladas, para obtener solamente una bolsa de 10 kilogramos de carbón, se han encargado de este contralor y han podido apreciar los resultados de substituir la inspiración del momento por la organización.

Es de esperar que los charlatanes no repetirán más que la organización es contraria al temperamento francés.

Después de la crisis del carbón ¿será necesaria la carestía para enseñarnos que, al fin de cuentas, la hormiga puede ser tan inteligente como la cigarra? — T. P.